Artecomentarios

De IGNACIO FLORES-ANTUNEZ

¡Que Viva don Rufino!.. "Yo Siempre Quise Conquistar el Mundo"... ¿Cuál? ¿Ya Tienes un Tamayo? ¿No...? ¡Qué Barbaridad!...

Lo importante es lo importante. La noticia es: TAMAYO. Tamayo en todos los idiomas, ahora y en el mundo, casi entero. TAMAYO Y SU MUSEO, con mayúsculas y sin ningún titubeo. Por fin, ese sacratísimo recinto que desde el pasado régimen gubernamental sugirió se hiciera y que él donaría la obra, obra que ha acumulado en sus muchos años de vida, de historia y de artista, y que está valuada en unos (o en más) 300 millones de pesos, pero que se hiciera, y que muchos objetaron, no sé si por el lugar o por el museo en sí, ahora, por fin, ha cobrado realidad. Y esto, ES EL EVENTO DEL AÑO en el mundo del arte y de los artistas. Ayer VIERNES 29 de junio de 1981, es un día de historia: un mexicano, un oaxaqueño, como Benito Juárez también, confirma su encumbramiento al estrado máximo de la espectacularidad artística, estética, plástica, en México o de México, como mejor parezca el decirlo. Este día, también, resulta una desventaja para cualquier artista, exhibir su obra; porque ante lo de hoy, resultará pequeñísimo, mínimo, una nadería cualquier evento relacionado con las artes visuales, no importa la galería o el museo donde éste se realice. Hoy, todos deben formar vaya al paso de la consumación de la experiencia, hoy, todos deben unir sus voces en coro para cantar LAS GLORIAS TAMAYISTAS. Hoy, el trono es trueno, es voz que retumba desde las alturas de un firmamento artístico cuya bóveda se ha extendido a los cuatro puntos cardinales (o al menos eso se dice, ¿o no?) ¿A qué se debe? ¿Cómo se realizó el milagro? Porque hasta donde yo sé, todos los artistas ansían llegar hasta donde ha llegado este gigante actual. Hasta donde yo sé, todos buscan la originalidad. Hasta donde yo sé, la mayoría persigue las mismas metas de autenticidad y verdaderismo (veracidad, verismo) que persiguió Tamayo, es más, muchos aseguran ya haber conquistado esos lauros. Sin embargo, siguén en sus rincones, siguen siendo objetos pequeños, vendedores minúsculos, de baja cotización. ¿Qué ha pasado, pues, con Tamayo? ¿Cómo se hizo la magia de llegar a tan insospechadas alturas? Quién sabe, pero desde hoy, él es el "MAYOR de los dorados"! Haber quién dice lo contrario. Y quien se atreva a decirlo, lo hará por envidia, por coraje, por incompetencia, por egoísmo, por celo profesional; y atribuirá a las ráfagas vocingleras de los art dealer, de los galeristas, de los coleccionistas, de los promotores nacionales e internacionales, de los publicistas, que creyeron en él, y dirá que a eso se debe que Tamayo llegó hasta la gran META. De hoy en adelante, como se dice entre la chiquillada, todo lo que digas en contra será de puritito c-o-r-a-j-e, o más mexicana la expresión aún, "de purita ardilla". de eso de lo "que mueren los quemados". LA VERDAD ES LA VERDAD. No hay más. Y esto no fue por decreto presidencial, fue por reconocimiento externo e interno. Al menos, eso es lo que hemos visto y oído. Ante Tamayo se volcaron (desde hace muchos años) críticos y comentaristas, aduladores y sinceros. Periodistas de aquí y de allá, amos y señores de la palabra escrita e impresa, de esa que se acumula por millones de millones en las hemerotecas o de la misma que, en páginas de revistas o de periódicos, sirve para envolver las verduras en algún mercado. Desde siempre, desde que conozco el periodismo, Tamayo suena y resuena en las voces de la high society, cada día con mayor fuerza: ¿ya tienes un Tamayo?... ¿No...? ¡No es posible!... ¡Qué Barbaridad!... (se lee en los carteles y en los recortes que luego mira uno tirados por la calle, y se mira en la televisión y hasta en el radio se puede oír ahora hablar de él). Los críticos más severos hablan de este hijo de la luz y del color y de los misterios sacerdotales mayistas, olmecas y aztecas. Y los más tibios también. Los más fieles recogedores de las flores marchitas que va pisando el "monstruo sagrado" vuelcan sus sensibilidades y emociones convertidas en halabo o lisonja o reconocimiento o culto ante el esfuerzo, ante la audacia, ante la creatividad, ante la inventiva, de un representate del arte que se produce en México. Como los romanos, Cé-sar, Cè-sar, Cè-sar, oigo gritar igualmente, Tamayo, Tamayo, Tamayo... dentro y fuera del Museo Tamayo (que ayer inauguró el licenciado José López Portillo) y ese eco se extiende al ámbito nacional e internacional. Y el nombre se une al de los demás grandes que se dieron, que nacieron, en el Viejo Mundo, al de los que se cotizan por millones o cientos de millones de dólares. Y el resultado, es la unificación a querer o no, del conglomerado en la plaza vitoreando al GRANDE, unos contentos y otros descontentos pero todos al fin, unidos para hablar mal o bien, que de todos modos es reconocer en general, la grandeza de quien pudo encumbrarse sobre las medianías, sobre los pequismos de los demás. Y DON RUFINO, está consciente de ello, de su gloria, de su apoteosis, y declara a Zabludovsky abierta, sincera, modestamente: "yo no quería conquistar México nada más, yo siempre quise conquistar el mundo." ¿Y lo ha conseguido?, usted dirá. No todos pueden hacer que se les haga SU museo con SU nombre grabado en letras de oro o muy bien remarcadas, para que conste, en la entrada de un lugar como estos, donde reside la belleza, la estética, la esencia plástica de una forma de decir, de comunicar, lo que un artista siente. Y aquí está. Hoy todo es espectativa. Y hasta Colín habla bien de "DON RUFI", como diría Gerardo Cantú en una de sus obras humorísticas. Pero, a todo esto, ¿cuál es el mundo que siempre quiso conquistar Rufino Tamayo?

El maestro hace escuela. Aquí, con Baruch Salinas.

Atracito del también grande, Pedro Coronel, de Fernando Gamboa y del ingeniero Víctor Bravo Ahuja, don Rufino. Atraz, disimulado pero bien seguro de su triunfo.

Y he buscado ese mundo, la forma de explicarlo, y no encuentro otro más que este, y me pregunto: ¿será o no será?, de lo que, en caso de que esté equivocado, y haya otro distinto, que sea el verdadero mundo que el "sagrado", que el "gigante", el "iluminado", el "astro", haya querido conquistar, por favor, os lo suplico, me lo hagan saber, y lo publicaré, se los prometo. Mientras, el mundo que veo conquistado por el conquistador, aparte del de el ARTE, término abstracto y confuso y poco explicable para los dos lectores que he comprobado que tengo, es el mundo de los escritores, el de los comerciantes, el de los publicistas, el de los galeristas, el de los [illegible] calificadores, de los críticos, de los directores de museos, el de los [illegible] cionistas, el de los vendedores ambulantes de arte, el de los subastadores, el de los vendedores en privado que no pagan impuestos, el de la alta sociedad; en resumen, el de los encarecedores de la posibilidad de llevar un Tamayo a mi departamento para no envidiar a quienes ya tienen aunque sea una serigrafía, una mixografía, un... lo que sea, pero no puedo tenerla, y ahora, muchísimo menos tendré algo.

Este es el mundo, que, a mi parecer, siempre quiso conquistar Rufino Tamayo, aún sin proponérselo quizá, y... para mí, que lo consiguió en TODA su PLENITUD! Pero como soy mexicano, y de Guerrero, que colinda con el heroico estado de Oaxaca, de donde es el "elegido," ¡Que VIVA DON RUFIII... señores!